

apenas las conocerá el boticario más hábil, y ricas que no saben echar un punto en una media ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero qué se puede esperar de unas personas criadas entre la adulación, la holgazanería y la ignorancia? ¡Felices son, sin duda, aquellos niños cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastándolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el más ingrato revés de la fortuna.

Cuando decía esto el coronel, paró un coche á la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcón y entró luego luego diciendo:

—¡Mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labín!

—¿Qué Labín es ese? preguntó el coronel.

Y la niña respondió:

—Don Enrique Labín, tío, el mayor de Hungría.

—¡Oh! bien: yo pensé que era algún criado de tu casa. El caballero Labín es un hombre muy circunspecto y por su edad podía ser tu padre.

En esto entraron las visitas y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina:

—Hermano, no perdamos tiempo; Jacobita tiene un baile esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere que usted le

haga la gracia de asistir á su diversión con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que usted no la desairará; conque así vístete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señora Jacobita por su expresión, y entrándose las señoras á la recámara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversación.

El señor Labín era antiguo amigo del coronel y tenía buen talento, bastante madurez y mucha gracia. Con esto fácil es inferir que confrontaba con don Rodrigo y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el señor Labín, quien dijo al coronel:

—¿Qué le parece á usted, compañero? ¿No se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? ¡Vaya, que usted no me juzgaba tan adelantado!

—En verdad que no, respondió el coronel; cada día hay nuevas cosas que observar; pero ¡ya se ve! que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mujeres fueran tan honrados como el señor Labín, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seducción. Yo apostaré á que estaba usted de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el baile, y ella le suplicó á usted que la acompañara á casa.

— Así fué, dijo el oficial; las dos me instaron á que viniera y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines como son alegres sus principios. — ¿Y por qué? — Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya usted verá, compañero, qué resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la lascivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta, debilitan su salud y se anticipan la vejez. La mujer, ó por su constitución más débil ó por los efectos de la concepción, parto y lactancia, llevá siempre la peor parte; se enferma más, se avejenta más pronto, y cuando el marido tiene treinta años se halla con que tiene por mujer una vieja achacosa. Entonces abre los ojos y se arrepiente de verse atado á una estantigua, que tal le parece su mujer. A este arrepentimiento se sigue la aversión del objeto que la causa y á éste un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad, siempre los reprobaré.

— Y con razón, dijo el coronel; porque los efectos que usted ha dicho son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el día en semejantes matrimonios. Aristóteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad

que la mujer con quien se case; de modo que el hombre de treinta años y la mujer de quince harán un enlace proporcionado en razón de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados para el celibato y cuya continencia corra peligro en tal estado deben casarse muy jóvenes, conforme al consejo del Apóstol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado doña Matilde prevenido todo lo necesario y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron para la de doña Jacobita, donde los esperaban los novios con una porción de convidados.

Era muy cerca del anochecer cuando llegaron, ó llegamos, que yo también gocé de esa función. La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas *frascas* sólo por comer de balde. Los ojos se les iban hacia las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aún no era llegada la hora del combate, y así se contentaban los más golosos con lamerse los bigotes, como el gato cuando ve el jamón que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á estos hambrientos, se hace

preciso decir como todos los de la casa de doña Jacobita y los deudos del novio cumplieron á porfía á las señoras doña Matilde, doña Eufrosina y sus niñas. Éstas en la edad de trece años tenían unos cuerpos muy gallardos y á más de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego las atenciones de todos los petimetres de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita, ya porque sus padres no se espantaban de sus obsequios, ya porque ella era más bonita y más familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religión, y como si aquel acto fuera un mal paso, trataron los padrinos de darles prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluído lo principal de la función, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos á la sala del refresco.

Allí competía la profusión con la curiosidad. Había dos mesas: una surtida de todo género de dulces y helados, y otra de masas de bizcocho, buen queso, jamones en vino, aceitunas y cuanto podía provocar el apetito de los exquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores

y ramos de cartulina hacían la más agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demás golosinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todos derrotados y desaparecidos por la glotonería más decidida.

Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decía para mi sayo:—No hay duda sino que en una concurrencia de estas cada uno manifiesta sin querer sus principios.—Porque ví que los hombres que los habían tenido finos, sólo se ocupaban en servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin orden y embaular desaforadamente. Muchos, haciéndose corrientes, no sólo comían ó devoraban cuanto podían, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo más exquisito, sin perdonar las botellitas de licor. Yo creí que alguno se habría guardado una fuente de plata, si se la hubiera podido acomodar en el bolsón de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala, y se comenzó el baile, que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras y

algunos minués; pero los mocitos, cansados de bailar estas piezas, comenzaron á bailar vals y contradanza. Entonces todo se volvió bulla y alegría en los dos sexos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el bailar, aunque sería por todo seguramente. Tuvo la gloria de cansar en el vals á cuatro señoritos y á los músicos, que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bailadora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en balde, porque con permiso de sus padres bailó dos versos de boleras diestramente. Querían los curiosos probarla en el vals; pero ella, bien enseñada por su padre, se excusó con que no sabía y todos se quedaron deseando verla bailar este son favorito del día, sin embargo del esfuerzo que hacía por su parte su tía doña Eufrosina y el cándido de don Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando y como á las once de la noche, fatigados de valsar y contradanzar, comenzaron á bailar soncecitos del país; pero luego que bailaron uno que llamaban el *dormido*, se levantó el coronel y se despidió con su familia, pretextando enfermedad y muchas ocupaciones al día siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en

vano, él se retiró; y á otro día fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habían tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó fué la que se dirá en el capítulo siguiente.

